



LA PEREGRINA DOCTORA.

SEGUNDA PARTE.

Vamos ahora á los cuatro,
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era mayoral de ellos,
y los otros tres se hallaron
la jaula sin el gilguero.

La buscaron por el monte,
como Caballos sin freno;
mas viendo que no la hallan,
hicieron este concepto:
muy bien habemos quedado,
qué buena cuenta daremos
allá de nuestras personas;
del encargo que traemos?

Lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos,
y el corazon, y en un lienzo
se lo podemos llevar,
y cumpliremos con eso:
en breve lo ejecutaron,
que fue diciendo y haciendo.

Ván la vuelta de Palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon, y los ojos,
y don Alejandro atento
preguntando por el otro,
todos á una voz digeron;
tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy soberbio
profanar á Doña Inés,
y lo matamos por eso,
y en el monte se quedó
por andar tan descompuesto.
Volvamos á doña Inés,
que estando tomando el fresco
junto á una fuente, un Leon
vió venir, y que alhagüeno
con un canasto en la boca,
le traia su sustento,
hízole una cortesía,
y lamiéndole los dedos,
le entregó su canastillo
á su señora y su dueño,

y á la puerta de la cueva
paseándose y rugiendo,
anda hecho centinela
guardándola muy atento.
Al otro siguiente día
volvía á hacer lo mismo,
tomaba su canastillo,
y en breve espacio de tiempo
venia con las viandas,
mas que el Alba trascendiendo,
pasaban todos los días
las cosas que aqui refirió.
Vamos á don Federico,
que preguntó á los Monteros,
si es verdad, que la mataron,
que les guardará secreto,
y que tambien les dará
gran cantidad de dineros:
todos dijeron, que no,
y contáronle el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarle en un pelo.
Don Federico responde,
en el alma lo agradezco,
todos juntos hemos de ir
á buscarla muy de cierto,
antes hoy que no mañana,
y á mi hermano le diremos,
que á una rica montería
voy con otros caballeros.
Salen de Palacio y llegan,
á el segundo Pirinéo
de aquel encumbrado risco,
peñas y montes batiendo;
mas quiso su mala suerte,
que con la bóveda dieron,
donde doña Inés estaba
para su perdicion de ellos;
que el Leon desque los vido,
muy enojado y sangriento
á los tres despedazo
en menos que pudo un Credo
rezarse en breve, y el otro

aunque vivo casi muerto;
mas doña Inés lo libró,
que hiciera con él lo mismo,
porque era don Federico,
y lo conoció al momento,
no cupo en su sangre noble
aquel refran verdadero;
porque ella la mala obra
la pagó con buen extremo.
Da la vuelta de Palacio
con mentiras y embelecos,
diciendo que un Javalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
se subió encima de un Cedro
y que de allí se escapó
de aquel animal soberbio.
Dejemos yá tanta prosa,
no quiero ser tan molesto,
no me diga mi auditorio
si es cabeza de proceso.
En un día señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció á doña Inés
la Virgen de los Remedios,
alegando plantas, flores,
riscos, valles y desiertos,
diciéndole: Dios te salve,
Hija, yá se llegó el tiempo
de que dejes este sitio,
y te vayas á tu Pueblo,
y curarás á tu Esposo,
que dias ha que está enfermo,
y tambien á tu cuñado,
que las heridas vertiendo,
todavia le están sangre,
y perdónale sus yerros.
El Leon que te ha traído
el cotidiano sustento
es el hombre que mataron
los otros en el desierto,
y tambien ellos pagaron,
que el Leon los mató á ellos,

y ha tenido el Purgatorio,
guardándote y asistiendo,
y ahora se vá á gozar
de mi Hijo sempiterno.
Con eso le dió la Virgen
un vasito muy pequeño
lleno de bálsamo heróico,
que vale mas que un Imperio.
Con esto desaparecen
la Virgen y Leon á un tiempo,
quedándose doña Inés
metida en un pasagero
camino, que vá á Lisboa,
con su báculo y sombrero,
y peregrinando llega
allá en muy pocos momentos
á donde ella curó
muy grande copia de enfermos
sin que el bálsamo precioso
se menoscavára un pelo.
La Ciudad toda admirada
de la Peregrina, viendo
los enfermos que curaba
tan consumidos y secos,
y luego los veia sanos
dentro de muy breve tiempo,
Vá la nueva al General
don Alejandro Sarmiento,
que estaba ya desauiciado
de los libros de Galeno,
y juntamente su hermano,
al instante previnieron
un coche con cuatro mulas,
salen por la Ciudad ciegos
buscando á la Peregrina,
preguntando á todo el Pueblo.
Vinieron á dar con ella
en un sagrado Convento
de Religiosas descalzas,
que estaba con santo zelo,
curando algunas enfermas
de tabardillos molestos.
Entre dos Comendadores

en el coche la metieron,
dan la vuelta de Palacio
y visitando al enfermo,
tomándole el pulso, dice:
diga señor Caballero,
de qué pende esa dolencia?
El dice, de sentimiento,
y de un gran dolor continuo,
que desecharlo no puedo.
Entonces ella responde:
no es mucho ese sentimiento,
ni aquese dolor es mucho,
pues que de dolor no ha muerto.
Apenas le echó en los lábios
aquel bálsamo supremo,
se levantó dando gracias
á el Divino padre Eterno.
Quería irse al instante,
mas le atajaron los vuelos,
diciendo: Señora tenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde,
por mi vida, que no puedo
detenerme ni un instante,
ni á curarlo yo me atrevo,
si en público no confiesa
todas sus culpas y yerros.
Dijo el enfermo que sí,
que estaba ya casi muerto,
bediéndole las heridas,
como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
de sus parientes y deudos,
hasta los mismos criados,
que en Palacio están sirviendo,
á todos pidió perdon,
pero á su hermano primero.
El hermano le perdona
al instante, y al momento.
Hermano y señor, tu Esposa
era una joya sin precio,
era un arca de esmeraldas,
ejemplo de los ejemplos,

la virtud de las virtudes,
espejos de los espejos;
y yo tan vil criatura,
quise ofender tu respeto;
y por aquesta ocasion
me tuvo seis meses preso,
y yo por vengarme de ella
le levanté el falso enredo.
Don Alejandro que escuchó;
echó mano al fuerte acero
diciéndole: vil hermano
atrevido y desatento,
por haberte perdonado,
en tu sangre no me vengo.
Entonces la Peregrina
le fué untando con los dedos
las heridas y al instante
se levantó sano y bueno.
Grande copia de doblones,
que pasaban de quinientos
le dan á la Peregrina,
y ella haciéndole menosprecio,
dice guarde las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizás les hará falta
para sustentar los negros.
Mas con cuidado miraba
el don Alejandro atento
el rostro á la Peregrina,
y el traslado de su pecho,
viendo que todo era uno,
se abrazó en vivos incendios,

le dice, Señora mía,
de qué Patria, ó de qué Reino
es usted, aunque perdones
Ella con suaves écos
le respondió, señor mío,
yo soy de todos los Reinos,
vecina de todo el mundo,
y á mí me llaman por eso,
la Peregrina Doctora
sin interés del dinero,
la que curó á su marido,
y á su enemigo protervo.
Entonces don Alejandro
le dió un abrazo muy tierno,
reconoció que es su esposa
aquel hermoso portento,
la ciudad toda admirada,
la gran maravilla viendo,
de puro contento lloran,
y parece un Jubiléo
de Damas y de Galanes,
y parientes que acudieron,
que en el Palacio no caben
sabiendo aqueste suceso.
En la Ciudad de Lisboa
hacen fiestas y torneos,
toros y juegos de cañas,
comedias y pasatiempos.
Y al Auditorio postrado,
pide Juan Miguel del Fuego
á JESUS de que nos libre
del Demonio y sus enredos,

FIN.

SEVILLA:

Imprenta de la Viuda de Caro.